

VIRTUTOPIA

LO UTÓPICO EN LOS FENÓMENOS URBANOS POSMODERNOS

MAXIMILIANO AUGUSTO VELÁZQUEZ - DHAN SEBASTIÁN ZUNINO SINGH
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES, UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

RESUMEN

El pensamiento utópico se presenta como alteridad y se proyecta hacia el futuro como un imaginario que pugna por un mundo mejor, mientras que lo ideológico como imaginario acentúa la permanencia de un orden hegemónico.

En un mundo contemporáneo saturado por la imagen, por un camino hacia la virtualidad, propia de una temporalidad y espacialidad particular del modo de producción del capitalismo tardío -consumista y globalizado-, reflexionamos acerca de cuáles serían los conceptos para pensar la novedad y la alteridad en una ideología urbana proyectada a través de *shoppings*, barrios privados y nuevas vías de comunicación.

En el análisis de las ideas imágenes, rastreamos especialmente algunas categorías de las utopías sociales del siglo XIX que, a nuestro entender, continúan aportando representaciones válidas a la hora de la producción de estos nuevos fenómenos urbanos. El desarrollo de estos temas permiten pensar el efecto dinámico sobre la producción de la espacialidad más allá de la realización o no de la utopía en la historia, y sobre la propia producción ideológica del espacio. La utopía permite escaparse de las ataduras de lo objetivo y concreto de un escenario dado, liberándose en el tablero de diseño, a imaginar imposibles, pero que también pueden actuar como fantasías ideológicas.

PALABRAS CLAVE: IDEOLOGÍA – UTOPIA – VIRTUTOPIA – MODERNIDAD – POSMODERNIDAD – ÉTICA – ESTÉTICA - SOCIEDAD DE CONSUMO - NUEVOS FENÓMENOS URBANOS

INTRODUCCIÓN

Sin dudas el surgimiento y apogeo del suburbio norteamericano aparecen como una puesta en práctica de imaginarios utópicos durante el siglo XX^[1]. Surgidos por impulso de especuladores como apéndices urbanos en áreas donde el costo de los terrenos era menor y mayores los factores naturales de atracción, los suburbios norteamericanos y luego las ciudades márgenes y barrios cerrados, se han afirmado gracias al hecho de poder ofrecer algo distinto respecto a las metrópolis. En estas "ciudades extra urbanas" la vida pareciera ofrecerse como placentera y sin los problemas que una ciudad tradicional presenta.

Sobre la ciudad contemporánea han actuado las grandes transformaciones que signan nuestra época, concernientes al consumo, a las imágenes, a las modalidades productivas y al papel de la subjetividad. Se propone pensar a los nuevos fenómenos urbanos, derivados del suburbio norteamericano, tales como los barrios cerrados, centros comerciales, edificios inteligentes y nuevas vías de comunicación, en el marco del debate teórico respecto de lo utópico y lo ideológico, entendiendo a estos términos como imaginarios sociales. Para tal fin rastreamos especialmente algunas categorías de las utopías sociales del siglo XIX que, a nuestro entender, continúan aportando formas de conceptualización válidas a la hora del análisis de la producción de la nueva gramática urbana.

El desarrollo de estos temas nos permite mostrar el efecto dinámico que las utopías han tenido (y tienen) sobre la producción de la espacialidad más allá de la realización o no de la misma en la historia, al tiempo que nos permite reflexionar sobre la propia producción ideológica del espacio.

Como un punto arbitrario de partida, nos situamos en la tesis de Mannheim (1987) respecto de la relación entre ideología y utopía. Para el autor, dentro de un contexto social particular, ideología y utopía son dos visiones de la realidad que se distinguen por una diferente adecuación temporal. Mientras la ideología se inspira en el pasado como modelo para una crítica de la realidad presente, la utopía trasciende el presente mediante la imaginación de un modelo ideal de futuro^[2].

Otro criterio que considera es la posibilidad o no, de la realización de la utopía. La ideología se legitima otorgando el carácter de posible a lo dado que ella garantiza, y el carácter de imposible al discurso utópico. Así, la ideología conserva su orden y la utopía busca romperlo para instaurar el punto cero de una nueva realidad. Ambos imaginarios mantienen una relación histórica-dialéctica, pues ninguno se otorga a sí mismo el carácter de utópico o ideológico, son los grupos dominantes los que denominan

utópico a sus opositores (de modo peyorativo) y estos grupos son denominados ideológicos por parte de aquéllos.

Sin embargo, existen contactos entre la ideología y la utopía que intentaremos rastrear en el presente trabajo. Estos contactos permiten la renovación permanente del mundo sostenido por la ideología. Renovación que puede rastrearse en la producción de la ciudad, en la revitalización de ésta a través de los nuevos fenómenos que hemos mencionado.

La ideología y la utopía como imaginarios sociales

La modernidad ha producido dos imaginarios sociales opuestos. Uno que intenta conservar el orden del sistema capitalista al que denominaremos imaginario ideológico. Otro que se presenta como una crítica y una alternativa opuesta a ese orden buscando construir -al menos en los papeles- un mundo mejor, a éste lo llamaremos, imaginario utópico.

Los imaginarios sociales son representaciones que la sociedad se hace de sí misma. A través de ellas designa su propia identidad. Funciona como una fuerza reguladora de la vida colectiva, configurando una visión totalizante que opera sobre la historia, dotándola de sentido. Los imaginarios modelan y conservan los recuerdos del pasado y proyectan hacia futuro los temores y las esperanzas. En suma, construyen una red de significaciones, un esquema de ordenamiento de los aspectos afectivos de la vida colectiva.

La potencia unificadora de los imaginarios sociales está asegurada por la fusión entre verdad y normatividad, y opera por y en el plano simbólico. El dispositivo imaginario construye un esquema de interpretaciones y valoraciones, que al ser interiorizado por los individuos, puede movilizarlos canalizando sus energías en pos de acciones comunes. "Tal vez, los imaginarios sociales operan todavía más vigorosamente en la producción de visiones del futuro, en especial en la proyección sobre éste de obsesiones y fantasmas, de esperanzas y de sueños colectivos" (Baczko, 1991: 30).

A partir de los aportes del psicoanálisis lacaniano y de los autores que vuelven sobre a los análisis del fetichismo de la mercancía presentados por Marx, podemos ir más allá del esquema de análisis de las teorías de la acción que se ven a los actores como sujetos motivados por causas emocionales o racionales, sin ver la dimensión del inconsciente. Es decir, podemos analizar las relaciones sociales de intercambio y comprender cómo opera en ellas el imaginario ideológico del capitalismo posmoderno.

El capitalismo, en tanto orden hegemónico vigente, suministra la estructura simbólica dentro de la cual operan diversos intereses. Estos intereses se articulan como marcos de referencias para la acción. En la modernidad la esfera económica subsume al resto de las esferas sociales. Los intereses económicos, signados por un cálculo racional de costo-beneficio, hacen que las relaciones humanas aparezcan reificadas dentro de ese sistema simbólico.

El efecto ideológico se instala en el plano de la práctica, no es un problema de la conciencia, los sujetos son fetichistas en la práctica y es en este plano donde se legitima un orden. En otras palabras, por más que los sujetos sean conscientes de que el producto que consumen no es -ni otorga- exactamente lo que la publicidad muestra, en el momento del consumo es donde se efectiviza la fantasía. En definitiva, es lo que ellos hacen lo que construye la realidad. "Lo que ellos no saben es que su realidad social, su actividad, está guiada por una ilusión, por una inversión fetichista. (...) Saben muy bien cómo son en realidad las cosas, pero aún así, hacen como si no lo supieran. (...) Y esta ilusión inconsciente que se pasa por alto es lo que se podría denominar la *fantasía ideológica*" (Zizek, 1992: 61).

El imaginario utópico es un imaginario social particular, ya que produce representaciones sobre la realidad social con la impronta de la creación, de la invención y de la novedad. La utopía quizás sea, por excelencia, lo que mejor representa a la esperanza. Las utopías se ubican en el vaivén de la esperanza y de la desesperación. Desesperación frente a "lo que es" y esperanza en "lo que debe ser". Utopía es homónimo de ou-topía, país de ninguna parte, y de eu-topía, país feliz.

Para abordar la producción de una tradición tan múltiple y plural como la utópica, Baczko propone el concepto de ideas-imágenes. Este concepto permite pensar dos dimensiones del imaginario utópico. Por

un lado, los principios y valores que fundamentan la sociedad utópica propuesta, y por otro, las imágenes inventadas para traducir esos valores y principios. A través de éstas imágenes la utopía puede ser representable aunque no sea realizable. El carácter de ser representable adquiere una dimensión central, desvinculando la posibilidad de que la representación necesariamente deba materializarse.

El imaginario utópico, en tanto imaginario social, busca la máxima coherencia entre los ideales y su imagen, busca imágenes transparentes que representen una sociedad fundada en esos principios y valores. No existe una única dirección en esta producción imaginaria. Es decir, no solo se parte de los principios fundadores y luego se construyen las imágenes sino que "a veces el esquema es inverso: es a partir de una imagen del mundo invertido que se inicia la búsqueda de los principios que podrían fundarlo" (Baczko, 1991: 117).

Estas ideas-imágenes se articulan fácilmente en diversos lenguajes o géneros discursivos como la política, la religión, la filosofía, la arquitectura. "Entre otras cosas, toda ciudad es una proyección de los imaginarios sociales sobre el espacio. Su organización espacial le otorga un lugar privilegiado al poder al explotar las cargas simbólicas de las formas (el centro opuesto a la periferia, lo alto opuesto a lo bajo, etc.)" (Baczko, 1991: 31).

Las utopías sociales

Toda utopía pretende tener su topía, casi siempre de forma urbana y colectiva. A pesar de la búsqueda de una economía agraria, los núcleos urbanos de convivencia humana significaban, frente al modo rural, una forma de progreso. La ciudad es observada como un organismo vivo capaz de unir los esfuerzos con más eficiencia en función de la prosperidad. La ciudad aúna prosperidad y solidaridad al mismo tiempo.

"En 1887, Edward Bellamy, el autor de *Mirando hacia atrás* describe cómo debía ser la ciudad de Boston; la concibe como una ciudad hermosa y no la ciudad problemática que él conoció. En *Noticias de ninguna parte* de William Morris, de 1890, contrapone la ciudad de Londres a un sistema paradisiaco construido sobre praderas naturales. En la misma línea, Charles Fourier, en *El nuevo mundo amoroso*, no soportaba las ciudades sucias, insalubres, lúgubres de su tiempo, criticando el modo confuso de las calles estrechas, las casas amontonadas, sin ventilación ni luz. Uno de los afamados arquitectos de nuestro tiempo, Le Corbusier, se inspiró en las reflexiones fourieristas" (Blanco Martínez, 1999: 173).

Los imaginarios utópicos han producido históricamente ideas-imágenes inspiradas tanto en el pasado como en el futuro. Aquellas que se inspiran en el pasado, toman de aquél la imagen de un mundo mejor que se ha perdido, el cual es necesario recuperar. Aquellas inspiradas en el futuro, proyectan lo que va a venir en la suposición de que el mejor mundo todavía aún no ha llegado, aún no es.

Cada época sueña su topos, su ciudad ideal cargada de belleza y bondad que se contrapone a la miseria y a la mezquindad de la realidad conocida. El desarrollo de una ciudad perfecta y ensoñada, modelo ideal para vivir, conlleva a que el discurso utópico tradicional se desarrolle en juegos oníricos. Estos sueños, cuando están inspirados en el pasado, desarrollan un programa maternal que revive un pasado prometico o edénico que resuelve todas las necesidades individuales. Ese carácter maternal puede observarse en el desarrollo de una economía basada en la agricultura, y en los nombres generalmente femeninos de las ciudades imaginadas.

Esas utopías sociales muchas veces se concretizaron en el espacio. En los dos últimos siglos muchos aventureros, guiados por estas ideas imágenes, se lanzaron a crear, especialmente en América, espacios urbanos que respetaran la visión de los literatos. Hubo utopías concretas de todo cariz, desde propuestas anarco-socialistas^[3] hasta formulaciones de los propios gobiernos americanos de fines del siglo XIX para demostrar su poderío y auge económico^[4]. Durante el siglo XX el pensamiento utópico adquirió especial importancia durante algunos períodos desarrollistas^[5].

El hombre realiza un desarrollo onírico ejecutando su capacidad de poder elevarse sobre las insatisfacciones de este mundo, a fin de buscar algún espacio edénico. La utopía como una necesidad radicalmente antropológica, como manifestación necesaria del hombre, en principio es la imagen de un

deseo. Tomas Moro en su *Utopía* escribió "más deseo que espero ver". El tono de la vida en la utopía es, por tanto, necesariamente hedonística. "La utopía se consagra a la ciencia en la búsqueda del placer con toda seriedad" (Blanco Martínez, 1999: 57).

Según Lewis Mumford (1992), las ciudades han sido el locus de la utopía: la primera utopía fue la ciudad como tal. En las utopías del siglo XIX, que coinciden con el surgimiento de las grandes metrópolis, la ciudad perfecta se reestructura alejándose hacia la parsimonia campestre, hecho que años más tarde va a dar lugar a la idea de las ciudades jardín y la conquista de los suburbios.

Refiriéndose a las utopías concretas, Blanco Martínez señala que "la utopía realizada, edificada en nombre del progreso absoluto, niega toda posibilidad del progreso ulterior: es resueltamente inmovilista, definitiva, al abrigo del tiempo" (1999: 66). Paradójicamente la utopía que contribuye a luchar contra los sistemas cerrados, al revelarse contra los sistemas autocráticos u otras formas de poder que impiden un mundo feliz, termina construyendo otra sociedad, que caratula como perfecta, pero que deviene nuevamente en una sociedad cerrada y absoluta.

Esta paradoja advierte sobre la diferencia entre representación y realización. En su realización la utopía pierde el carácter de "sin lugar", de ideal, logrando un topos que busca ajustarse a la representación perfecta que la había originado.

Repensando las categorías utópicas

Las utopías se presentan como lo nuevo. Muchas de esas proposiciones literarias, que funcionan como guías, cambian radicalmente las configuraciones futuras de nuestras ciudades. La irrupción de las ciudades-jardines, como núcleos poblacionales erigidos en los márgenes de las grandes urbes, aparece en estrecha relación con una vasta bibliografía utópica (con Howard Becker y William Morris como principales exponentes) respecto de retornar al verde y a la paz de un pasado ligado a la ruralidad, pasado perdido merced a los diversos procesos de metropolización. Luego, del desarrollo del modelo del suburbio norteamericano, el mismo se extenderá a todo el globo terráqueo como un eficaz modelo de urbanización, especialmente para clases medias y altas^[6].

Pensamos que podemos trabajar con algunas de las categorías utilizadas en el análisis de las utopías sociales para dar cuenta de las nuevas realidades. Nuevas realidades que al mismo tiempo tienen su génesis en una idea-imagen de carácter utópico -el suburbio norteamericano y la ciudad jardín-. Obviamente estas categorías deben ser reformuladas luego de las transformaciones de la ciudad contemporánea (especialmente con el auge de la sociedad de consumo), pero al mismo tiempo pueden dar cuenta de una continuidad teórica al momento de analizar los fenómenos urbanos.

El insularismo es central en un cierto número de utopías. Muchas de ellas se desarrollan en una isla acotada, cerrada, con cierta asepsia, vinculada con el mundo solo a través de el viaje extraordinario del narrador. Hoy los barrios cerrados, los shoppings y los edificios inteligentes proponen el insularismo desde la conformación de límites físicos visibles o barreras culturales concretas. Existe una amplia bibliografía respecto de los muros de los barrios cerrados y countries (Marcuse, 1995; Salmanoff, 1999) así como también respecto de la sensación de encapsulamiento que producen los shoppings (Sarlo, 1992) y los edificios inteligentes.

Las utopías sociales profesan un antimonetarismo recurrente. Proponen un desprecio por el dinero y los metales preciosos, y algunas de ellas se presentan como autarquías basadas en una economía cerrada y perfecta, alejadas del comercio (despreciadoras del comerciante por su supuesta inmoralidad). Parte de este pensamiento tiene que ver con un clima de época que rechazaba al comercio en muchas de sus formas y especialmente a los pueblos que profesaban el mismo -judíos, musulmanes, hindúes, asiáticos, etc.- desde tiempos ancestrales.

Con la irrupción de la sociedad de consumo el monetarismo fue subsumiendo a toda la sociedad, sin embargo en los últimos tiempos -tal vez fomentada por las sucesivas y recurrentes crisis económicas- han aparecido formas alternativas de realizar el consumo. Desde sorteos hasta cheques con descuentos, desde la acumulación de puntos por millas aéreas hasta el consumo de créditos para hablar por teléfono

o pasar con el auto por algún puesto de peaje. Todas ellas, formas posmodernas que ocultan el consumo monetario real, tal vez reminiscencias de aquel antimonetarismo que el mundo occidental supo forjar hasta entrada la Revolución Industrial.

Las utopías sociales son, en su gran mayoría, agrícolas -salen de esta norma algunas antiutopías y películas del siglo XX-. Desarrollan una economía en donde el mejor sistema es el trabajo de la tierra. Indudablemente esta categoría ha desaparecido ya que hoy día las ciudades concentran a la gran parte de la población mundial. Como dicen Borja y Castells (1996), en cierto modo, el destino de la humanidad se juega en las áreas urbanas y, sobre todo, en las grandes metrópolis. La ruralización de lo urbano (Velázquez y Zunino Singh, 2001) es una resignificación de lo rural para recrear el pasado oligárquico y criollo en pos de la estética de un producto urbano como por ejemplo, el "farm club".

El regularismo es otro eje importante de las utopías sociales. Refiere tanto al espacio como al uso del mismo. Podemos encontrar un regularismo geométrico y numérico muy refinado (como en Fourier), sumado a una legislación para el uso de ese espacio utópico. La dimensión estatal es central en las utopías, ya que al tiempo que sostiene la ley busca una identificación máxima de los habitantes con la norma.

En los barrios cerrados y en los centros comerciales, encontramos una fuerte regulación del uso del espacio, así como una particular disposición del mismo. Pero esta regulación que pareciera estar contrapuesta a la libertad de acciones que ofrece el imaginario de la "mano invisible" del mercado es, sin embargo, fundamental para la obtención de beneficios y para controlar el precio de la renta urbana. Parece quedar demostrado en la historia que la ideología de mercado y el Estado de derecho se refuerzan mutuamente.

También se puede observar que la necesidad de lograr un cierto control social para articular esos espacios utópicos es rearticulada en la actualidad. Se aleja de los principios libertarios propugnadores de leyes universales, y camina hacia la profusión de leyes particulares específicas para cada espacio de la morfología urbana. Esas leyes, que en las utopías sociales buscaba preservar los intereses colectivos por sobre los intereses particulares (fuertemente subsumidos por una teleología de la felicidad colectiva) hoy buscan regular el interés colectivo privilegiando ciertos intereses privados.

Toda utopía es totalizante y monista. Es esencialmente antropocéntrica y humanista, ya que pone al hombre como centro del mundo, como señor de sus sueños y dueño de su destino. En la sociedad de consumo el hedonismo individual se presenta en su apogeo, no ya con el fin de perseguir un futuro mejor para la sociedad o el sector social en donde habita en individuo, sino persiguiendo el propio placer y felicidad (tal vez como una vuelta a asociaciones primarias como la familia). Esta nueva configuración de la subjetividad es importante para comprender las formulaciones de las propagandas y anuncios publicitarios.

El dualismo es una categoría central para pensar la utopía. Bajo la retórica del dialogo, las utopías enfrentan a dos mundos, a dos tiempos y a dos espacios diferenciados (uno histórico -el mundo en el que vive el utopista- y otro ahistórico -la utopía-). El dualismo juega con lo positivo y lo negativo. Negativiza lo otro en su crítica para construir una proposición positiva sobre sí mismo.

Hoy los centros comerciales son una posibilidad de consumo seguro frente a la inseguridad que demuestra la ciudad, los barrios cerrados se presentan como la posibilidad de una vida familiar armoniosa en un ambiente edénico, los edificios inteligentes se articulan como el espacio de trabajo preparado para trabajar con las tecnologías de la información que el proceso de globalización requiere, y las autopistas se presentan como la solución al caos del tránsito callejero. El dualismo es un eficaz vendedor de las nuevas propuestas.

Ernest Bloch denominó función utópica a ese impulso que nos dirige hacia adelante y es guiado por el sueño de una vida mejor. Este impulso es la esperanza consciente y sabida, representaciones de la fantasía, de lo simbólico. El impulso funciona como mecanismo de anticipación de algo distinto y mejor, de un futuro de plenitud que es un opuesto-ideal.

La función utópica opera con dos categorías fundamentales. Futuro y novedad, permiten la no saturación de un contexto dado y la renovación permanente del imaginario social. Es por ello, un excedente cultural^[7] creado para y hacia el futuro, es juventud eterna que mira hacia el frente. "El contenido del acto de la esperanza es (..) *la función utópica positiva*; el contenido histórico de la esperanza, representado primeramente en imágenes, (...), *es la cultura humana referida a su horizonte utópico concreto*" (Bloch, 1977: 135).

Estas categorías de insularismo, antimonetarismo, ruralismo, regularismo, totalitarismo, monismo, dualismo y función utópica son esenciales a la hora de pensar la utopía, creemos que también son importantes para reflexionar respecto de las nuevas formas de las utopías en los tiempos de la posmodernidad.

Virtutopía: de la ética a la estética

Desde mediados del siglo XX (y especialmente hacia finales del mismo). las utopías renacen, no ya difundidas por un género literario particular sino mediante una complicada relación entre medios y consumo. Lo nuevo debe proponerse constantemente para poder ser consumido por los individuos. La emergencia de la sociedad de consumo transforma el vínculo de las personas con los objetos, en términos éticos y estéticos. Este hecho repercute en una transformación cultural y social que atraviesa a toda la sociedad.

La masificación del consumo engloba también a las utopías. Las categorías que otrora permitían imaginar la novedad, hoy se configuran como categorías de distinción. El material producido por el imaginario utópico se convierte en máscara virtual de objetos mercantilizados. La virtutopía es el carácter posmoderno de la utopía. Una utopía carente de contenido, diríamos que vaciada del mismo, y liberada a la mar de significantes, con su única realización de objetivarse en el consumo y allí clausurar su sentido.

El concepto de virtutopía contiene un doble movimiento. Por un lado, el carácter de virtual viene a dar cuenta de una simulación de la utopía, sin embargo estamos frente a un virtuartefacto^[8] que tiene lugar en el espacio urbano, tiene su topos. Esta segunda característica nos muestra los efectos de la virtualidad sobre la imagen, el espacio y el acontecimiento; y nos advierte que no existe oposición entre real y virtual, ya que la virtualidad se imprime directamente sobre la estructura del espacio producido. La simulación se produce en el mero juego estético, en la hechura ficcional de un producto urbano, y en el vaciamiento ético e histórico. Pero el segundo rasgo de la virtutopía contiene la impronta material, concreta, la localización espacial y los efectos sobre la morfología urbana. Y ambos rasgos, dan cuenta de la existencia histórico-social de estos nuevos fenómenos urbanos.

La ciudad se descubre cada vez mas iconizada. Como es objeto de deseo y de consumo, sus propias cualidades y las referencias simbólicas y prácticas deben ser inmediatamente reconocible por todos. Así es como la estética de los centros de consumo, de los aeropuertos, de los hoteles, de los lugares de recreación, entre otros, se parecen en todo el mundo. La internacionalización del diseño urbano, en tanto monopolio estético, produce la homohegemonía estética de estos nuevos estilos. Pensando en clave latinoamericana Martín Hopenhayn (1994: 167) advierte que "la astucia discursiva del neoliberalismo postmoderno reside allí en el buen uso de eufemismos, mediante el cual los intereses de los centros de poder político y económico, y de sectores más identificados con la economía 'libre', se barnizan con esteticismos que sin duda los tornan más atractivos". Existe una sincronía entre la oferta de mercado y un proyecto de sensibilización cultural que le es afín.

La orientación posmodernista de recuperar el sentido y el significado (ya sea éste de la alta cultura o de la cultura popular) exacerba la lógica del icono o de la forma arquitectónica capaz de comunicar inmediatamente a una pluralidad de públicos el destino y la intensidad de lo construido. Hal Foster analizando la arquitectura posmoderna en su vertiente neoconservadora americana, se pregunta: "¿Qué es esa 'historia' sino una reducción de los períodos históricos a los estilos de las clases dominantes, que son luego pasticheados?" (1988: 250). Este retorno, que no se aleja mucho de los retornos antimodernos como los del fascismo, es un retorno como huida del presente. La ahistoricidad que demuestra este historicismo ecléctico no hace más que negar la historicidad de las formas y los materiales, de las condiciones que provoca el capitalismo. La ahistoricidad también es una herramienta fundamental en la

naturalización de un orden establecido, constituye imaginarios que clausuran el sentido de la historia, la congelan estableciendo que: "esto es el futuro", "esto es lo que se viene", "ésta es la tendencia".

La capacidad posmoderna de iconizar recupera parte de la tradición utópica de la prédica, de la acción pedagógica del utopista. Todas las utopías tienen un desarrollo de cierta percepción racional, y en todas va acompañada de aspectos pedagógicos para generar consensos. El utopista confía ciegamente en la eficacia del sistema educativo, de ahí que en la mayor parte de las utopías los detalles alcancen hasta la más mínima insignificancia. Esta lógica pedagógica está fuertemente anclada en la praxis del utopista. El objetivo de los creadores de utopías es más ético que estético, buscan dar cuenta de la novedad por medio de la razón y de la conciencia.

Decíamos que parte de esta lógica perdura en las nuevas formas de la ciudad. La sociedad mediatizada hace uso del icono para buscar dar cuenta de las ventajas de la novedad, utilizando todo el peso de los medios masivos de comunicación y de las variadas estrategias de la publicidad. Sin embargo, el objetivo ahora no es ético sino que se vuelve estético. Lo novedoso es aquello que irrumpe en el caos de significado, algo que se hace fuertemente visible, algo que no puede obviarse, algo que necesita constantemente comunicar para poder ser. Algo que se erija en acontecimiento.

El proceso que parece dar cuenta de esta mutación de lo ético a lo estético puede ser comprendido como un proceso de estetización de la vida cotidiana. En un mundo saturado por signos e imágenes las experiencias cotidianas pueden transformarse en experiencias artísticas. Todo deviene en cultura. Siguiendo la línea de pensamiento de Goffman y de Bourdieu (1990), la problemática del gusto y de la distinción surge como uno de los ejes centrales articuladores de la identidad. Cuando lo social es considerado como una representación y la ciudad como escenario, la cualidad de aparentar es decisiva a la hora de la valorización.

El modelo de referencia no es ya el racional y cartesiano, sino que ahora más que nunca el modelo es el sueño. Un mundo de ideas-imágenes plasmado de sueños, deseos, mitos y recuerdos. Este nuevo mundo no solo comparte con las utopías sociales del siglo pasado la característica de ensoñación, sino que además, por el hecho de ser imaginado, es más atractivo, atrapante y real que cualquier otro modelo.

"El posmodernismo cultiva una concepción del tejido urbano necesariamente fragmentada, un 'palimpsesto' de formas del pasado superpuestas unas a otras, y un 'collage' de usos corrientes, muchos de los cuales puede ser efímeros. (...) El diseño urbano (nótese que los posmodernistas no hace proyectos sino diseños) busca simplemente tener en cuenta las tradiciones vernáculas, las historias locales, las necesidades, requerimientos y fantasías particulares, de modo de generar formas arquitectónicas especializadas y adaptadas a los clientes que pueden ir desde los espacios íntimos y personalizados, pasando por la monumentalidad tradicional, hasta la jovialidad del espectáculo. Todo esto puede florecer recurriendo a un notable eclecticismo de estilos arquitectónicos" (Harvey, 1998: 85).

La lógica posmoderna parece descansar en lo que Bauman llama la afirmación del principio de confort respecto al de realidad. "El arquitecto no se propone ya educar, reformar o moralizar, sino agradar. La alternativa no es entre arquitectura y revolución, para usar la expresión de Le Corbusier, sino entre arquitectura y tedio. Si lo moderno era calvinista y pedagógico, lo posmoderno es hedonista y demagógico" (Amendola, 2000: 61).

La arquitectura y las formas urbanas se convierten en objeto de la competencia por el gusto adquiriendo el estatuto de objetos o de experiencias estéticas. La ciudad nueva anclada en una renovada economía simbólica, en su búsqueda de gustar y atraer personas y capitales, no hace más que demostrar el peso ideológico de los procesos de consumo. La ciudad sólo puede realizarse como ciudad si se realiza en su propio consumo.

El diseño posmoderno olvida los objetivos sociales y concibe al espacio como algo independiente y autónomo, al que puede darse forma de acuerdo con objetivos y principios estéticos, que no necesariamente debe inscribirse en un proyecto social englobante, excepto quizás en la realización de algo bello, intemporal y "desinteresado" como fin en sí mismo. Tal vez recuperar la utopía vuelva a ligar la ética a la estética.

Bibliografía

- Abramson, P. (1999) *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Amándola, G. (2000) *La ciudad posmoderna*. Madrid, Celeste ediciones.
- Baczko, B. (1991) *Los imaginarios sociales. Memorias colectivas y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Blanco Martínez, R. (1999) *La ciudad ausente. Utopía y utopismo en el pensamiento occidental*. Madrid, Akal ediciones.
- Bloch, M. (1977) *El principio esperanza*. Madrid, Aguilar.
- Borja J. y Castells, M. (1996) *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Estambul, UNCHS, Hábitat II.
- Bourdieu, P. (1990) *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. México, Taurus.
- Derrida, J. (1998) "Artefactualidades", en *Ecografías de la televisión*. Buenos Aires, Eudeba.
- Foster, H. (1988) "Polémicas (post)modernas" en Josep Picó (comp) *Modernidad y Postmodernidad*. Madrid, Alianza.
- Foucault, M. (1997) "El sujeto y el poder", Mimeo, traducción de la cátedra "Sociología Sistemática" de Emilio De Ipola, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 1er. cuatrimestre de 1997.
- Harvey, D. (1998) *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires, Amorrotu.
- Hopenhayn, M. (1994) *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica.
- Mannheim, K. (1987) *Ideología y Utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Marcuse, P. (1995) "Not Chaos, but Walls: Posmodernism and the partitioned City", en Watson y Gibson (comp.) *Posmodern Cities and Space*. Blackwell.
- Mckenzie, E. (1994) *Privatopía - Homeover Associations and the Risk of Residential Private Government*. New Haven, Yale University Press
- Mollenkopf J. y Castells M. (1992) "Dual City, restructuring New York", Russel Sage Foundation, New York.
- Mumford, L. (1992) "La utopía, la ciudad y la máquina" en F.E. Manuel (comp.) *Utopías y pensamiento utópico*. Madrid, Espasa Calpe.
- Ricoeur, P. (1994) *Ideología y utopía*. Barcelona, Gedisa.
- Salmanoff (1999) "Desigualdades y Complicidades sociales y espaciales", ponencia presentada a las II Jornadas de Imaginarios Urbanos, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, UBA.
- Sarlo, B. (1994) *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires, Espasa Calpe-Ariel.
- Velásquez M. y Zunino Singh D. (2001) "¿Hacia la ciudad cerrada?". En Rodríguez y Rozé (coord.) *Ciudades Latinoamericanas: una visión social del urbanismo*. México, Universidad Autónoma de Guerrero.
- Zizek, S. (1992) *El sublime objeto de la Ideología*. México, Siglo XXI.

Maximiliano Augusto Velázquez: Sociólogo (UBA) – Investigador (IIGG-FSoc-UBA) - Docente en Comunicación de la Carrera de Diseño Gráfico (FADU-UBA).

Sebastián Zunino Singh: Sociólogo (UBA) – Investigador becario de CONICET (IIGG-Fsoc-UBA) – Docente en "Procesos sociales y urbanos" de la Carrera de Sociología (Fsoc-UBA).

Ambos autores son integrantes del **Grupo Urbanosfera:** www.urbanosfera.org

[1] Según Mckenzie (1994) las ideas respecto de la ciudad jardín de Howard Becker, originadora de la expansión suburbana, se han arraigado en los Estados Unidos más que en otras partes del mundo gracias al extendido comportamiento antiurbano y al fuerte impulso a la privatización del espacio público. Howard Becker en su clásico trabajo "Garden Cities of tomorrow" proyectó una ciudad autosuficiente, agrícola, libre de contaminación y en contacto con el verde.

[2] Mannheim observa a la ideología como las ideas de la clase dominante y la utopía como guía racional de conducta en pos de un cambio, generalmente propuesto por las clases subalternas.

[3] El trabajo de Pierre-Luc Abramson titulado *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*, publicado por Fondo de Cultura Económica, reconstruye magistralmente utopías concretas latinoamericanas tales como: los falansterios fourerianos de Santa Catarina en Brasil y de Chalco en México, la metrópolis socialista (y saintsimoniana) de Albert Kimsey Owen en México, la "Nueva Australia" en Paraguay, y la experiencia anarquista de "La Cecilia" en Brasil, entre otras.

[4] El caso de la ciudad de La Plata en la Argentina fue un claro ejemplo del pensamiento urbanístico de una América Latina ya emancipada y próxima a consolidar las estructuras de Estado-nación. La idea de un nuevo trazado ideal que reemplazara la tradicional cuadrícula española y generara la "ciudad del futuro" se vislumbró tempranamente en la ideología para modificar la traza urbana de Buenos Aires en 1828 con diagonales y plazas centrales (Proyecto Bevans), que al mismo tiempo preanunciaba los

ensanches de las ciudades europeas.

[5] Brasilia puede considerarse como la concreción de la utopía CIAM, y al mismo tiempo tiene el honor de ser el último "elefante blanco" del urbanismo universal. La ciudad utópica fracasaba en su diseño totalizador y futurista en el mismo momento de su concreción, por prescindir de las condiciones de la realidad social brasileña. Otras experiencias similares fueron las de Ciudad Guayana (cooperación de Venezuela con el MIT y la Universidad de Harvard en 1961), Nueva Federación (en Entre Ríos, Argentina, con motivo del embalse de Salto Grande y el traslado de las 5000 personas de Federación) y Guatavita (en Colombia, bajo similares obras de embalse), sin olvidar del intento ideológico y propagandístico de Fuerte Esperanza en el Chaco Argentino por parte del gobierno militar de 1976.

[6] El caso norteamericano puede generalizarse para Latinoamérica, siempre y cuando se realicen algunas mediaciones, como por ejemplo, el hecho de que la elite latinoamericana prefería, hasta muy avanzado el siglo XX, permanecer en los centros dejando la periferia para las clases populares, por citar alguna.

[7] Bloch denomina excedente cultural a las grandes obras artísticas, literarias, filosóficas, científicas, etc., de los grandes momentos de cambio históricos, como por ejemplo, el Renacimiento. Estas obras no mueren en su época sino que se proyectan hacia las generaciones venideras, transformándose en clásicos.

[8] Este concepto es una reformulación y adaptación del análisis que realiza Derrida (1998) sobre los medios de comunicación y la actualidad.